

UNA CARTA DE CASTELAR.

Lo que hoy nos ha venido á las manos procedente del divino orador, no es un mensaje como aquel dirigido á los americanos para que éstos mirasen con indiferencia los asuntos de Cuba; nó. ¿Y cómo había de ser, si lo que se vió con indiferencia fué el referido mensaje, pues las expediciones de voluntarios, mal que le pese al señor Castelar, no han escaseado, y para mengua de España y de los que su mala causa defienden, todas ellas han arribado á la invicta Cuba con el mejor éxito?

Lo que hoy tenemos á la vista es una carta dirigida á una Junta patriótico-española de Méjico, de la cual tomamos el siguiente párrafo:

“Pelear y morir fueron acciones fáciles á nuestra raza tan fecunda en héroes como en mártires”..... Y en esto dijo bien el señor Castelar. Pelear y morir con Viriato contra Roma; con Pelayo, con el Cid y con Gonzalo contra los moros; pelear y morir por la patria y por la libertad; acciones grandes, sublimes, que en todas las épocas y en todos los pueblos constituyen las páginas brillantes de la historia humana.

Eso han hecho Suiza contra el Austria en Morgarten; Francia contra Prusia en Jemmapes, España en Bailén, México en Puebla, Grecia en Missolonghi; Bolívar y Sucre en Carabobo, en Ayacucho y en Junín; San Martín en Chacabuco, O'Higgins en Rancagua; Hidalgo y Morelos en Querétaro y Cuatla, Washington en York Town y Maceo en Candelaria y Pinar del Río.

Cierto que España ha sido pueblo de héroes y de mártires; mas hoy no cuenta ni mártires ni héroes.

¿Donde están Mina, Riego, Castaños, Prim, Churruca y tantas glorias militares?.....

Hoy solamente se exhiben en la Perla de las Antillas Weyler y Melquizo,—para baldón de España y asombro de las naciones cultas,— héroes de la barbarie, dignos émulo de Genserico, de Alarico y de Atila.

Ah! Los mártires.... Sí; allí están, en ese largo hospital llamado la Trocha, pálidos, enfermos, cada- véricos; muriendo á docenas de docenas cada día, lejos de su hogar y de su patria a la cual niegan sus brazos para la agricultura, la industria y el comercio; porque el antojo de unos cuantos burócratas insaciables, ó el mal entendido patriotis-

mo de unos cuantos ciegos de la talla del señor Castelar, los arrancaron de los brazos de sus esposas ó del regazo de sus madres, de quienes eran el único sostén.

¡Pobres mártires, víctimas de las enfermedades intertropicales, cuya muerte está probando diariamente que la guerra contra Cuba es una iniquidad que Dios y el mundo civilizado reprueban!

Ya no hay héroes. ¿Y sabéis por qué, señor Castelar?

Porque “cuando un pueblo la virtud olvida, lleva en sus propios vicios su tirano.”

La humanidad entera marcha á su fin: la libertad. Y ésta no se consigue si no es por el ideal democrático cuya forma de gobierno es la republicana.

Vos lo sabéis, y sin embargo le habéis vuelto la espalda; y con vos una parte considerable de ese pueblo, progenitor de nuestros abuelos quienes al romper los lazos que los ligaban á la Metrópoli, asentaron sobre sólidas bases el gobierno democrático en esta tierra feliz de América.

En esta carta que comento ni una sola vez se encuentra la palabra Cuba; mas á tiro de ballesta se comprende que ella es una frase de aliento á vuestros compatriotas del Nuevo Mundo, á fin de que contribuyan con sus recursos al sostenimiento de esa guerra desatinada y bárbara, que hacéis contra un pueblo joven y vigoroso que derrama su generosa sangre con el fin de ocupar un puesto en el rol de las naciones libres.

Y, ¿cómo pretendéis aniquilar el alma de la patria cubana, con la creación de una flota?

¿Pensáis acaso que es tan fácil como para vos improvisar discursos, eso de resucitar de un momento á otro la armada invencible de Felipe II?

Además del patriotismo, que os concedemos, antes que flotas improvisad virtudes cívicas, firmeza en las ideas de los hombres públicos, y tendréis la España grande, la España feliz de otros tiempos.

Por levantar el cadáver de esa patria, que vos amáis tanto, por ahí debísteis empezar. Por expurgarla de clérigos y nobles, polillas de vuestro propio pueblo, por ahí debió comenzar vuestro trabajo, para que dijeseis ahora con sobrado fundamento: “porque la mantendremos nosotros como la mantuvieron nuestros padres, y la necesitan para su estabilidad y para su progreso todos los pueblos cultos que dirigen y gobiernan el género

humano en toda la redondez del planeta.”

Hasta que la guerra de Cuba estalló, hasta entonces habéis pensado en la autonomía para Cuba. Y cuando 200,000 descendientes de Pelayo y del Cid han sido impotentes para sujetar á Cuba; cuando los asesinatos de la soldadesca española no han podido sofocar la revolución; cuando vuestros buques no han estorbado la entrada á Cuba á las expediciones de voluntarios insurrectos; cuando las naciones de Europa os niegan su bolsa para fomentar vuestra vandálica guerra, cuando los reos de san Isidro, paseados en hombros de ochocientos sacerdotes por las calles de Madrid, no han sido bastante á sacaros de la azarosa situación que atravesáis, entonces se os antoja que la creación de una flota ha de ser la varita mágica, la voz que diga á la noble nación española, digna de mejor suerte, “levántate y anda”.

En esta época, como en todas las épocas brillantes de los pueblos, vos lo sabéis de sobra, no son el número, no la superioridad de los elementos, sino la razón y la justicia, los q' han decidido de los destinos de la humanidad.

N. SOCIAL.

San José, 12 de octubre de 1896.

SANGRE PIDE GENEROSIDAD.

Llevan ya 19 meses de continuo guerrear entre las tropas descendientes de Pelayo y los patriotas cubanos en la perla del mar caribe, cuna de aquellos que por primera vez vieron los rayos solares que sobre su fértil suelo caen, favorecida por ese Sol que es uno de tantos generales que hacen pasar á mejor vida á esos pobres seres que como ovejas se dirigen al sacrificio en Cuba, desde su patria España. Ahora más que nunca están obligados los buenos cubanos á hacer todos los sacrificios posibles para dar fin á la guerra, una vez que la situación de España en estos momentos se presenta funestísima y la ha de llevar á un caos completo con la reciente noticia de no haber podido cubrir el empréstito que ruinosísimamente pedía á los banqueros ingleses.

Cumpliendo como hasta aquí y aun con mayor esfuerzo,

pronto podremos tener una patria legalmente reconocida por todas las naciones, hoy que carecemos de esa bandera que nos proteja; ni más ni menos somos unos heimatholses, cuya denominación da la Suiza á los que carecen de nacionalidad. Venciendo dificultades que están en nuestras manos, poco, poquísimos tiempo estaremos sin ser reconocidos como un estado independiente por las entidades que cumplan y guarden los preceptos del derecho internacional; tendremos ese pabellón que nos defienda, y al que con respeto, honra y consideración mirarán los pueblos del universo.

Razón de ello es también que el problema cubano no es tan difícil como aparecía al principio por los pesimistas. Hoy se ve claro y sencillo, en los cerebros más oscuros es dable admitir que estando dirigiendo á esos patriotas esa trinidad brillante, componente de Gómez, García y Maceo, el éxito de la campaña será eficaz y la tregua de ella, solo seis meses decidirá de los graves acontecimientos que se desarrollan en la isla.

Está demostrado hasta la saciedad que los descendientes de Pelayo, saturados de un completo quijotismo, quieren dar á demostrar que cumplen como buenos en cuantas esferas sociales hay, incluso en la táctica militar; es todo lo contrario, ellos no cumplen con los preceptos generales de la guerra; demostrado está que no respetan á los prisioneros que nos hacen, que torturan á los infelices pacíficos que por un supuesto falso creen que están al lado de los revolucionarios, y por último que asesinan miserablemente á los que se encuentran en los hospitales de sangre. Nos tratan como criminales, no viendo que si así lo fuéramos, aprenderíamos de Weyler, de esa antipática persona cuyos galones solo están salpicados de lodo; desconociendo, no digo de esas leyes de guerra, sino de los principios de piedad que inculcan al niño desde su infancia.